CORO.

Evoé, Eboé.
Amor, Amor, Amor.

Aquella nao que el éter
Cruzando va veloz,
Por velas lleva himnos,
Los palos dardos són,
Las jarcias son floríjeras
De cíprico esplendor,
Y un fúlgido arco místico,
Es el sutil timón;
Mas no le asustan ráfagas
Del austro mujidor,
Porque es amor el cómitre...
¡Ah de la embarcación!...

CORO.

Evoé, Saboé.
Amor, Amor, Amor.

Ya las velas amaina
Bella tripulación,
Baco el hijo Sémele,
Bebe, y en derredor
Danza un grupo de vírgenes
Tan puras como el Sol:
Sus cañones son búcaros
Cargados de licor:
Y en gloria del gran héroe
Que la viña plantó,
Hacen descarga rápida
Al par de esta canción:

CORO.

Evoé, Saboé.
Amor, Amor, Amor.

Ya ha descendido el áncora,
Escuchad al patrón:
—¿Quién se embarca?—Yo, PLACIDO.
—¿Quién es PLACIDO?—Yo:
—¿Tienes caudal...?—Sí, métrico.
—¿Y plata tienes?—No.—
—Pues el que sin metálico
Vá á la navegación,
La plaza capricórnica
Lleva: ¿la quieres?—¡Dios!
Si es plaza de amor, dámela
Aunque sea de mascarón.

CORO.

Evoé, Saboé.
Amor, Amor, Amor.

—Embarca, embarca y suelta:
—Amigos, pues, adiós,
Que se os ausenta PLACIDO
Con Baco y con Amor
Evoé, Saboé.
Amor, Amor, Amor.

NOVENA PARTE

EPÍSTOLAS

A LINCE(1) DESDE LA PRISIÓN.

Desde el antiguo pueblo donde un día
Partió Cortés con su pequeña armada
A pesar de Velazquez, y atrevido
Dió *un nuevo imperio* á la gloriosa España,
Te saluda un amigo; y no te angustie
El corazón, saber en la morada
Donde conforme está, más bien debida
A un efecto casual que á la desgracia.
Yo me figuro verte taciturno
Del Yumurí por la ribera grata
Pensando en mí clamar:—Mísero amigo,
Cuál será tu dolor en esa infáusta
Prisión, donde te encuentras sumergido,
Sin una mano amiga, hospitalaria,
Que socorra bondosa tu indigencia;
Sin un mortal que abogue por tu causa.
Allí mezclado entre el inmundo grupo
De criminal y pérfida canalla,
Habrás más de cien veces maldecido
Hasta la hora lúgubre y aciaga
En que dejar pensaste el feliz suelo
Que el sereno San Juan fecundo baña.
Allí en la noche asaltarán tu mente
Los alegres festines de Matanzas,
La fina estimación de sus señores,
El dulce halago de una esposa cara,
El coro de sus ninfas, que te dice,
—*Cisne del Yumurí*, Plácido, canta...
Y agobiado de imágenes tan tristes,
Se anudará la voz en tu garganta,

Parecerá tu pecho una tormenta,
Y un prolongado ¡ay! tal vez se escapa
De tus lívidos labios, y el insomnio,
No te abandona hasta el lucir del alba.
¡Desgraciado cantor! «¿qué mano oculta
Tan sin piedad y sin razón te agravia?»
Si tal piensas, amigo, te equivocas;
Eso es soñar con duendes y fantasmas.
Quien como tú no ha visto las prisiones
Es como aquel que de la dulce pátria
Jamás pasó el lindero y se figura,
Que perece si parte á tierra extraña.
El que viaja cual yo, sin otras miras
Que ver de cerca las costumbres varias
En que unos pueblos de otros se distinguen,
Debe entrar por las cárceles. ¿Te asombras...?
Pues atento me escucha, y luego dime
Si mi aserción en la verdad descansa.
Entre los que hay en una cárcel, Lince,
La torre de Babel está cifrada.
Busca algun pueblo que no tenga historia,
Hazte preso poner (2) y un mes te basta
Para saber por tradiciones vivas,
Moderna, antígua, pública y privada.
No son por cierto delicuentes todos
Los que aherrojados en su seno se hallan,
Y alguno aplaude lo que el otro injuria:
Lo malo y bueno, todo sale á plaza,
Y aquel que oye, reflexiona y mide:
En cada preso encuéntrase una página.
Por lo que toca al desamparo, nunca
Está de más probar á cuánto alcanza
El sufrimiento; pues por él conoce
Quien piensa bien, el temple de su alma.
¿Presumes que mi estado me intimida?
Pues como hay Dios, amigo, que te engañas.
¿Quieres creerlo, Lince: un hombre justo,
Una excepción de la engañosa raza,
Que vino á conocerme en este sitio,
A quien jamás serví de obra ó palabra,
Que lleva el nombre de mi amor primero,
(¡Nombre felice que doquier me halla,
Para tornar mis penas en placeres!)
Libre de ostentación ficticia y vana,
Me ha tendido su diestra generosa;
Y, á no ser libertad nada me falta.
Si alguna vez en algo me he tenido,
Es desde el punto en que maligna saña
Empezó á perseguirme; por ser cierto
Que temor tiene el que á traición ataca:

A aquel que se le teme, es porque impone,
Y algo vale el que impone, es cosa clara.
Además, Lince, esta lección me sirve
Para no descansar en la confianza
Conque siempre viví bajo el seguro
Que á nadie teme, quien á nadie daña.
Yo nunca temeré; pero á lo menos
Me armaré contra inícuas acechanzas;
Sabré que los que piden al poeta
Versos, brindando protección y gracias,
Son como los judíos del desierto
Que amar y obedecer á Dios juraran
En su aflicción, y libres del peligro,
De su Dios y sus votos se olvidaban.
Sabré que perseguido vive y muere
El que á los hombres las verdades habla;
Y que si el Sér Omnipotente mismo
Con su acento divino un ángel manda
A componer el Mundo, hacerlo nuevo
Ménos que componerlo le costara.
No temas que me aflija la desdicha,
Fué mi amiga en la cuna y en la infancia.
¿Qué mal me harán los hombres, que mi mente
No haya previsto ya? Todo se acaba:
Cuando no en esta vida, hay una puerta
Que jamás para nadie está cerrada...
Tú me comprendes bien, todos tenemos
Llave maestra y cerradura franca,
Y por ella se pasa á dó no sirven
Ni el oro vil, ni las intrigas bajas.
La flor más bella que en la verde orilla
Del manso Yumurí su cáliz abra,
Del Conde Alarcos al cantor sublime (3)
Presentarás por mí, y en su fragancia
Dirasle que recoja este recuerdo
Del corazón, que PLACIDO le manda.
Y tú, los votos de amistad recibe
Y el puro afecto que á tu fé consagra
Quien á las leyes su defensa fía;
Y antes piensa estrechar tu mano cara,
Que á espigar vuelvan sus floridas plumas
Del Pan altivo las sonantes cañas.

A LISIO.

Por la primera vez que me has tratado
Brindasme, Lisio, tu amistad. La acepto,
Aunque sé que esta voz usan los hombres
Cual fórmula de mero cumplimiento;

Además, contra un vicio que te asedia
Demandas de mi númen un consejo.
¿Y cuál pasión es esa tan terrible
Que no puede vencer un hombre cuerdo?
Si es el amor, perdona; estoy seguro
Que no es un vicio mientras es sincero;
Si deja de ser tal, amigo, entónces,
Lejos de amor, es criminal deseo,
Y dar mi parecer en ambos casos
Es molestarnos y perder el tiempo.
—«No es el amor»—¿No es el amor? Pues dilo.
¿Temes el contestar? ¿Guardas silencio?
¿Conoces el exceso de tu falta?
Ya me parece, Lisio, que comprendo
Cual es esa pasión que te domina.
¡Dímelo francamente! ¿No es el juego?
—Él es... él es...! —¡Mortal desventurado!
¿Y si conoces su fatal efecto,
Qué más has menester para enmendarte?
Lleva á cabo tus propios sentimientos,
Que el hombre pensador no necesita
Para enmendar sus faltas, de mis versos.
Mas á pesar de todo ¡desgraciado!
Tú sin saber si tal asunto entiendo,
Has puesto en mis lecciones tu confianza,
Y te voy á probar que la merezco.
¡Ojalá que á mis versos inacordes
Quiera prestar benigno el Sér Eterno
El don de conmover las duras rocas,
Y suspender las aguas como Orfeo;
Pues no menos virtud será preciso
Que tenga el vate, cuyo dulce plectro
Conquista un corazón que se ha extraviado,
Y haga que un jugador deje de serlo.
No presumas que te habla de ese vicio,
Ad livitum, un jóven inesperto;
Yo sin haber jugado un solo día
Tambien he sido víctima del juego.
Oye la historia, pues, de mi indigencia,
Y la vista me falte si te miento:
«En la edad infantil, cuando á mis ojos
Era este mundo un paraiso inmenso,
Por ignorar sus faltas rebozadas
Bajo mentido y deslumbrante velo;
Era mi casa, no de las más ricas,
Porque la rectitud de mis abuelos
Esquivando la pompa, procurara
Un modesto pasar para sus nietos.
No allí con orientales colgaduras
Brillaba entalamado el nupcial lecho,

Ni ardía incienso en pebeteros de oro,
Ni otomana alcatifa ornaba el suelo.
Empero mi familia era dichosa
¡Ay...! demasiado con dolor me acuerdo...
Mas el tiempo que todo lo destruye,
Y hasta el mármol y el bronce vé deshecho,
A los terribles y contínuos golpes
De su hoz potente, y de su planta al peso,
Arrebató la calma de mis lares,
Y en la desgracia nos lanzó sin duelo.
Uno de la familia (á quien me obligan
Dios y la tierra conservar respeto)
El que debiera más que otro ninguno
De una sana moral darnos ejemplo,
De ese vicio fatal se vió vencido,
Y . . . . . , ... »
. . . Basta, Lisio, proseguir no puedo;
Júzgalo por tí mismo que has pasado
Parte de aquesos males siempre anexos
A esta horrible carrera, y mira y llora
El triste porvenir que te presento.
Figúrate perdida tu fortuna,
Y agotando despues todos los medios
Perder tambien la honra, don más caro
Que cuántos puede darte el Universo.
Pobre, desesperado, y sin recursos,
Vendrán de tu fortuna los recuerdos
A colmarte de horror, y ya tu alma,
Negada á todo humano sentimiento,
No hallará diques que su marcha estorben,
Y entrará de los crímenes al templo.
Tu dulce madre... ¡Ay! que tantas ánsias
Le costaste al nacer, tantos desvelos
Para criarte y dirigirte; triste,
Bañada en llanto, levantando al cielo
Sus manos y su voz acongojada,
Tu muerte pedirá con debil eco
Al mismo Dios de paz y de justicia
A quien pidió tu vida en otro tiempo;
Y Dios la escuchará, porque no es sordo
De una madre afligida á los lamentos,
Y te hará perecer de muerte horrible,
Y ella sucumbirá de sentimiento.
¿Y no es, Lisio, mejor, que tu cordura
Evitara ese trágico suceso?
¿De qué te sirve haber nacido rico?
¿Ser educado con sagáz esmero,
Tener un corazón dulce, elevado,
Y haber viajado por mil cultos pueblos?
Unico tú serás, el que viajando

No ha conseguido en su moral progresos.
Desengáñate, Lisio, deja, deja
Ese camino de infernal agüero.
Eres jóven aún, tienes fortuna,
Tu vicio hasta el presente es solo un yerro
Que se puede borrar. ¡Ay de tí, Lisio,
Si el crimen toca...! Entónces no hay remedio.
¿Quieres felicidad? ¿Te falta asunto
En que pasar entretenido el tiempo?
¿No tienes una esposa idolatrada
Que es de virtud y de candor modelo,
Y á quien juraste amor incorruptible
Ante las aras del Autor Supremo?
¿No te lastima presentir el llanto
Que brotar deberán sus ojos bellos,
Y el pesar de su alma acongojada
Cuando contemple tu destino adverso?
Pues en tu mano está librarla, Lisio,
De lamentar un lance tan funesto.
Procura amigos pródigos y honrados,
Estudia libros, de impudicia ajenos,
Hasta que hayas logrado convertirte,
Y agradecido entónces al Eterno
Dés gracias por el mal de que te libra,
Y á mí, por la virtud de mis consejos.

A MI AMIGO ANTONIO ABAD RAMOS.

(En la muerte de Fela).

Desde los bordes del sepulcro helado
Donde descansa el dulce dueño mío,
Cubierta el alma de pesar y luto
Y en mil vagas ideas sumergido,
Salud, Antonio Abad, por luengos años
Con amistoso corazón te envío,
Rogando al cielo que jamás la pena
De tí se acuerde en su fugaz camino.
Salud, para que calmes los pesares
Que me agobian y asaltan de contínuo.
Querrasme preguntar: «con qué derecho
Impetro, Abad, de tu amistad auxilio.»
¿No eres tú de mi pátria? ¿No eres vate
A quien alienta de Latona el hijo?
Pues bástame saberlo, eres mi hermano,
Y téngome no menos por tu amigo.
Mi historia escucha, y plácido responde
Si soy de compasión y amistad digno.
Yo quise á Lesbia en mis primeros tiempos,

Pagó con esquiveces mi cariño,
Hasta que al fin, de su desden cansado
(Pues no sufre desprecios amor fino)
Dejéla intacta en el honor y fama,
Y abandoné sus gracias al desvío.
Luego quise á Filena,y confiado
En la constancia que me había ofrecido,
Partí lloroso á la serena orilla
Del claro Yumurí: no quedó risco,
Ni verde palma, ni menuda arena
En las riberas del fecundo río,
Que no me oyeran pronunciar su nombre
Mil veces por el eco repetido.
Torné por suerte de contento lleno
Con ánsias de abrazarla ¡qué delirio!
Ya era tarde: la ingrata... era perjura,
Y otro era dueño ya de su albedrío.
Lloré, me entristecí, y arrebatado
Atentar contra mí quise yo mismo.
(Tanto puede una aleve, que al más cuerdo
Hará que pierda la virtud y el juicio.)
Aplacáronse al fin mis pesadumbres
Habiendo el rostro de las gracias visto:
Era el de Fela, la más dulce y pura
Jóven que vieron de Colon los hijos.
La virtud, la modestia y la constancia
Eran sus más preciados atractivos.
(Prendas bien raras en la edad presente,
Merecedoras de mejor destino.)
Todo su afecto encantador gozaba,
Cuando el azote asolador impío
Del Cólera horroroso, envuelto en muerte
Cruzando el mar á desolarnos vino:
Aun me atreví á esperar que el cielo santo
En mí mostrara su bondad benigno;
Pero he nacido, Abad, muy desgraciado;
Perder mi único bien era preciso.
Fela no existe, amigo. ¡Ay...! cuánto tiempo
Tardo en ir á buscarla al Campo Eliseo.
¿No viste nunca, sobre el verde prado
Abrir sus flores rozagantes lirios
Rivalizando en pompa y en fragancia
Con el rosal risueño purpurino,
Atraer con su ambar los amores
Que el néctar liban de su cáliz limpio,
Y que tronando un rayo desatado
De las cóncavas nubes despedido,
Terrible quema con sulfúreo fuego
Las blancas flores que animó el rocío...?
Tal es el duro y miserable estado

En que deja la muerte mis sentidos,
Llevándose violenta y despiadada
La flor brillante cuyo tallo he sido.
Y espero, Abad, que tu laúd sonoro
Entone, orlado de ciprés sombrío,
Fúnebres cantos, que inmortales hagan
Los llantos, los lamentos y suspiros,
Que exalaré constante hasta la muerte
Sobre la tumba de mi bien perdido.
Así el Eterno de salud te colme,
Y el tierno alado y amoroso niño
Orne tus sienes y dorado plectro
De olimpias rosas y aromosos mirtos.

AL S.R FRANCISCO CHACON.

Por la protección que dispensó á un amigo durante su prisión.

Salve tres veces, noble americano,
Por sangre y por acciones caballero,
Y oye ledo y benigno el debil canto
Que entona en tu loor mi humilde plectro.
Mil veces sin razón canté á los grandes
Llevado más por juvenil deseo
De lucir en el coro de los cisnes
Que inspirado de un justo sentimiento:
Mas hoy que el númen de amistad me inspira
Hoy que á Felino libre por tí veo,
Tomo extasiado la sonante lira,
Alzo á las nubes atrevido el vuelo,
Y encumbrando tu gloria hasta el Olimpo
Bajo recinto me parece el cielo.
No es grande el hombre que á los grandes sirve,
(Por la cuenta y razón que le va en ello)
Y sí, quien como tú vuelve la vista
Al infelice de miseria lleno.
Fué mi amigo infeliz, y halló tu amparo,
De estrecha cárcel entre duros hierros
Le fuiste á visitar: sus enemigos
Seguro el triunfo ¡pérfidos! creyeron;
Pero un ángel velaba por su causa
Para mengua y baldón de los perversos.
Un ángel, sí, que el Dios de la justicia
Hizo bajar desde su trono excelso
En figura de hombre, revestido
Con alma noble de celeste genio.
Y ese Genio eras tú. Si Aquiles pudo
Por los sagrados cánticos de Homero

Ser conocido de futuros siglos
Y á las injurias resistir del tiempo;
Yo aunque tan léjos de su són heróico
Como el Artico mar del polo opuesto,
Y tan mínimo al lado de aquel vate,
Como el grano de arena más pequeño
Que guarda el Oceano, comparado
A los que ostenta Libia en los desiertos,
Con grata voz del corazón nacida
Salvaste osado del olvido espeso.
Aquiles incendiaba: tú conservas,
Tú salvas hombres: él deshizo pueblos.
Cuanto á él le faltó para igualarte,
Cubrir logró de su cantor el estro
Mas aquí suple tu virtud sublime
Lo que á Placido falta para Homero.
Yo de la Grecia pisaré las playas,
Veré sus campos, oraré en sus templos,
Y en todas partes mentaré tu nombre
Entre signos de amor y de respeto.
Tú morirás (porque mortal naciste)
Y yo, y Fileno; y morirán mis ecos;
Pero antes de espirar, diré á mis hijos,
Y haré que ellos lo manden á sus nietos,
Grabar tu nombre en las erguidas palmas
O de las seibas en los troncos nuevos,
Para que así merezcan tus acciones
Bendición y alabanza de los buenos;
Sobre sus ramas trinarán las aves,
Dormirán á su sombra los monteros,
Conocerán al hombre generoso
Las colinas, los montes y los pueblos:
Ya habrán pasado mil generaciones,
Y «Francisco Chacon» aun no habrá muerto.

AL MARQUES DE CASA-CALVO.

En el restablecimiento de su salud.

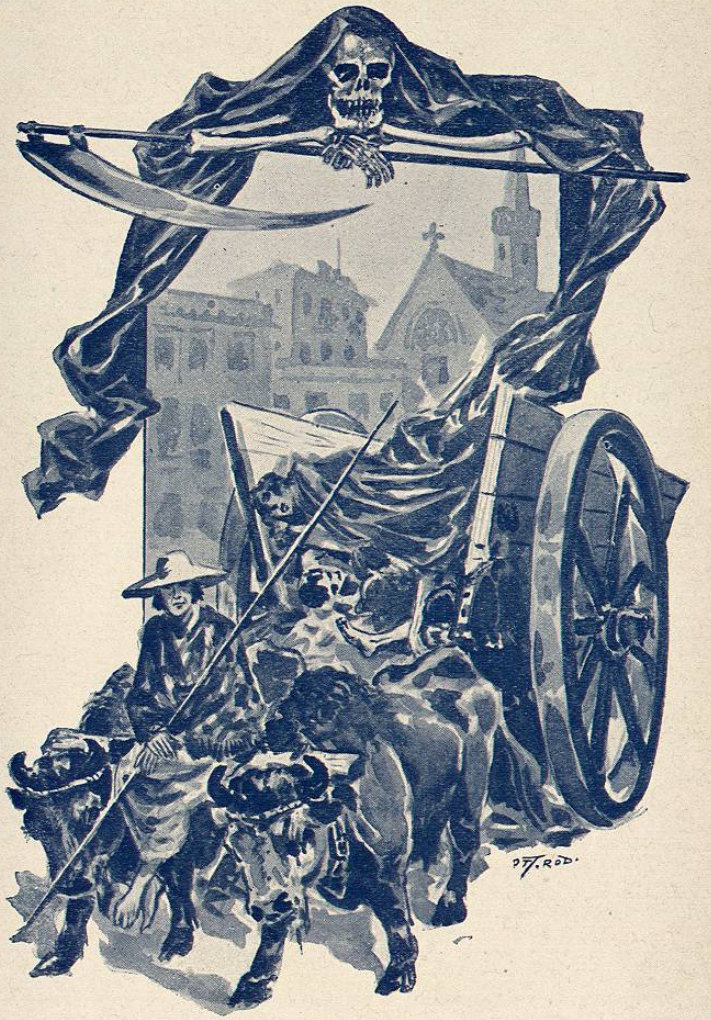
Salud, y paz, y próspera fortuna
Os dé, Señor, el cielo sacro-santo;
Mientras mi corazón de gozo lleno
Os felicita con acento grato.
No la humillante adulación me inspira
Ni el sórdido interés; jamás mi canto
Se postró del poder ante las aras,
Ni su voz imperiosa oyó temblando.
Mi alma sensible solamente aprecia
Los hechos generosos y bizarros.

¿Y pudiera mirar con menosprecio
Vuestro aliento vital amenazado?
Sobre marmórea piedra, confundido
En mis pasadas dichas meditando
Estaba, yo, sin que las bellas flores
Que Abril fecunda en los risueños campos,
Bastantes fuesen á calmar las penas
Del corazón adolorido; cuando
La noticia fatal de vuestros males
Sonó en mi oido, y me cubrió de pasmo;
—«Esto faltaba á mi desgracia»—dije,
Y á vuestro albergue presuroso parto.
Era la tarde, y el planeta regio
Su faz velaba en purpurino manto.
Yo, semejante á los antíguos persas,
Tan bella perspectiva contemplando,
Vuestro destino adivinar pretendo
Por lo fúlgido ó turbio de sus rayos.
¡Hundióse tan brillante en occidente...!
Que lleno de placer y de entusiasmo
Exclamé al punto:—Casa-Calvo vive;—
Y un genio contestó:—«por luengos años»—
Entónces vuelo en pos de vuestro asilo
Con más ardor y prontitud que el rayo:
Allí os encuentro de la muerte libre,
Y dejándoos de amigos rodeado,
Contento y listo á mi morada torno
Vuestra felice reacción cantando.
Creedme, Señor, tres veces en mi vida
Colmarme he visto de placeres caros.
Una vez el beso que la vez primera
De Fela recibí, y está grabado
Aquí en mi corazón, para memoria
De aquellos tiempos por mi mal pasados.
Fué la segunda, cuando generoso
Por siempre me ofrecísteis ser mi amparo,
Y aquesta es la postrera, en que os saludo
Al veros ya de vuestro mal salvado,
Contándome dichoso, mientras viva
El ilustre «Marqués de Casa-Calvo.»

A MI AMIGO DORIS.

(Desde mi prisión).

No viertas, Doris, por mi pena llanto,
Ni tristes ecos con doliente lira,
Que el fuerte corazón no siente espanto
Aun cuando el ceño de la Parca mira.
Vuelve de nuevo á tu festivo canto



Y oigo el adusto conductor que canta,
Por ver, buscando calma á su tormento
Si de valor con el fingido acento
El torvo ceño de la muerte espanta.

El cólera en la Habana.